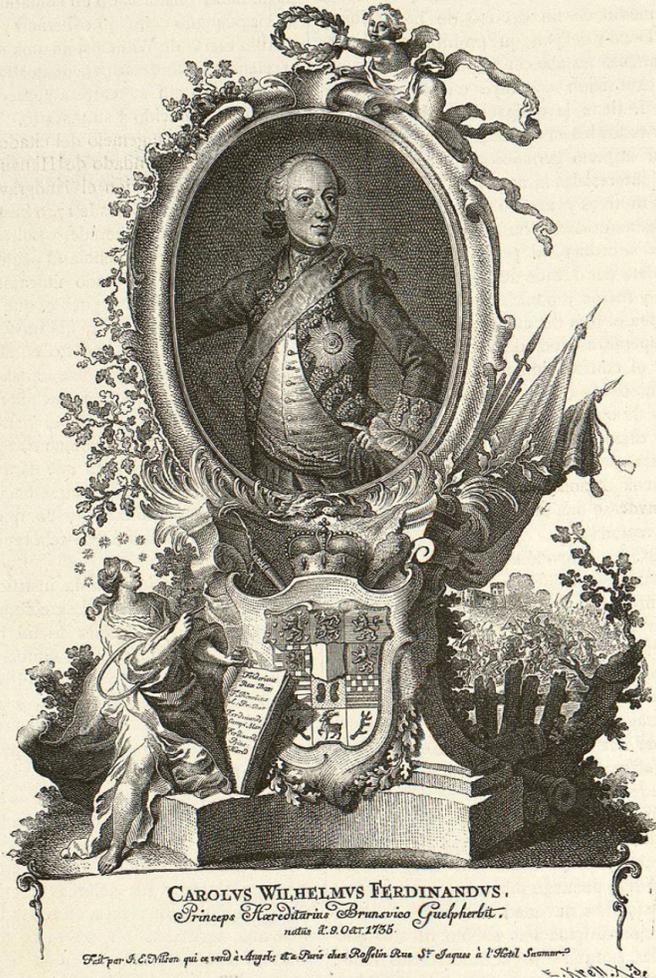


tos á sacrificar conmigo su vida y sangre en su servicio. Dígase V. M. dispensarme la libertad que me tomo, y considerar la intencion y no la magnitud del ofrecimiento. Si pudiese ofrecer á V. M. 20,000 hombres, lo haria con el mismo celo. Sírvase, pues, disponer en todo y por todo, donde y cuando guste de mi regimiento, que está pronto á ponerse en marcha, en el momento que V. M. se digne indicarme.»

Una carta análoga servicialísima escribió el príncipe de Waldeck en 13 de noviembre al secretario de Estado, conde de Suffolk, diciendo: «Adicto en cuerpo y alma al monarca cuyo ministro tiene V. la dicha de ser, juzgo de mi deber hacer todo cuanto permiten mis fuerzas para mostrar siquiera mi buena voluntad cuando se trata de su servicio. De consiguiente, me tomo la libertad, señor, de suplicarle que



CAROLVS WILHELMVS FERDINANDVS.  
Princeps Haereditarius Brunsvicæ Guelfherbitæ.  
natus d. 9. Oct. 1735.

Faci per J. E. Nilson qui ex vend. à Angers, et à Paris chez Rossignol Rue St Jacques à l'Hotel Sennarum.

(Facsimile de un dibujo de J. E. Nilson. — 1721-1788)

asegure á S. M. que consideraré como un favor, siempre que necesite por cualquiera circunstancia tropas extranjeras, que acepte un regimiento de 600 plazas entre soldados y oficiales, que ciertamente no desean, como su soberano, mayor dicha que encontrar ocasion de sacrificarse por S. M.»

Efectivamente, trató entonces el gobierno inglés de aumentar la fuerza armada que tenia en las provincias americanas, y que á lo mas subia á 15,000 hombres, y elevarla con tropas extranjeras al doble ó si podia ser á triple número. La esperanza de comprar á la emperatriz Catalina de Rusia 20,000 hombres de su ejército, segun esta emperatriz habia prometido al embajador inglés Gunning, quedó frustrada en el mes de setiembre. El gobierno inglés reclamó de Holanda la brigada escocesa que hacia mas de un siglo es-

taba al servicio de esta república; pero la Holanda no la restituyó, y los cinco batallones de hanoverianos, de los cuales el rey de Inglaterra podia disponer libremente, se necesitaban en Gibraltar y en Mahon; de suerte que no habia otro medio para someter á los americanos que restablecer las relaciones mercantiles para la adquisicion de soldados con los contratistas coronados del imperio germánico.

A este fin el coronel Fancitt, en 14 de noviembre de 1775, fué comisionado para contratar tropas con los soberanos de Brunswick y Cassel, en cuyas cortes era muy conocido desde la guerra de los siete años, y podia contar seguramente con ser bien recibido. Si hubiese sido mas sagaz habria adivinado tambien desde el primer momento la razon vulgar de este buen recibimiento; y si en lugar de hacer grandes reveren-

cias para congraciarse con aquellos príncipes, se hubiese presentado orgullosamente como un gran lord, habria podido ahorrar á su gobierno algunos miles de libras esterlinas, atendida la gran penuria de los tales príncipes. El duque Carlos I (1735-1780) habia cargado su pequeño ducado de Brunswick, compuesto de unas 60 leguas cuadradas, 150,000 habitantes, y poco mas de 5 millones y medio de pesetas de ingresos anuales para el tesoro, con una deuda de 45 millones de pesetas, para satisfacer los gastos de su lujo demente, su ópera italiana, cuerpo coreográfico francés, queridas, juego de soldados y operaciones de alquimia para transformar metales viles en oro. La falta de recursos le obligó á admitir como co regente á su hijo, el príncipe heredero del ducado, Carlos Guillermo Fernando, el cual de acuerdo con la Dieta del país adoptó un régimen de severísima economía. En tales circunstancias parecióle un enviado del cielo el coronel inglés que iba á abrirle un manantial de oro inesperado. El inglés, ignorando esta situacion, se apresuró á visitar al príncipe heredero en la misma noche del 29 de noviembre, dia de su llegada. El príncipe le prometió todo su apoyo, pero le dijo que no podia ocultarle que el duque se separaria con grandísimo dolor de sus valientes súbditos, y que sobre todo la idea de exponerlos á un largo viaje por mar, y enviarlos á un país tan distante é ignoto, le seria insoportable. Otra cosa seria, dijo, si hubiesen de ir á Irlanda, y aunque fuese á Gibraltar ó á la isla de Menorca; pero á América seria un sacrificio demasiado cruel para el anciano señor, cuyo único recreo eran sus soldados. Tan convincente fué lo que dijo el príncipe heredero, que el coronel inglés se juzgó felicísimo cuando el duque le sorprendió el 2 de diciembre con la declaracion de que estaba pronto á ceder un cuerpo de tropa tan numeroso como pudiese, y cuando el príncipe heredero añadió que siempre serian cuando menos 4,000 hombres disponibles para la primavera próxima. En 7 de diciembre se firmó efectivamente el contrato que fué ratificado en Lóndres el 9 de enero de 1776. El duque aprontó 4,300 hombres, es decir, 336 dragones montados, y los restantes de infantería. Por cada soldado de infantería recibió 181 pesetas de precio de enganche; igual suma le fué prometida por cada uno que muriera, y la tercera parte de esta suma por cada soldado que fuese herido; además se estipuló á su favor un subsidio anual de 415,211 pesetas durante la guerra y un subsidio doble durante dos años despues de la guerra y de haber regresado las tropas.

Desde Brunswick pasó Fancitt á Cassel, adonde llegó el 10 de diciembre. Esta ciudad pequeña tenia ya en el siglo pasado varios palacios notables, grandes jardines, museos de artes y de pintura, todo á imitacion de Versailles, y debia toda esta magnificencia al inteligente y bien montado tráfico de soldados que los landgraves Carlos I (1677-1730), Federico I (1730-1751), y Guillermo VIII (1760-1785), habian mantenido con tanta actividad, que dificilmente se podia citar una guerra en Europa, desde el año 1687, en que no pelearan tambien hesseses en beneficio de las arcas de su soberano. En la época de que hablamos ahora reinaba el landgrave Federico II (1760-1785) como un pequeño rey Sol, viviendo en medio de cantantes, bailarinas y queridas; solo que aun disfrutando de todos estos placeres, sabia ser económico, y era sobre todo un diestro negociante. Desde el año 1772 reclutaba el ejército entre sus labradores por el sistema usado entonces en Prusia, lo cual le permitia mantener en tiempo de paz una fuerza de 16,000 hombres muy bien instruidos y disciplinados. Además en su ministro Schliessen tenia un servidor que entendia perfectamente el comercio de sangre humana. Para el landgrave habria sido una gran deshonra un simple convenio de venta de contin-

gentes, porque estaba muy penetrado de su alta posicion social como soberano independiente y miembro del imperio germánico, y hacia valer esta elevada categoria cuando se trataba del precio de sus soldados. Por otra parte no se hallaba exhausto de recursos como otros príncipes reinantes de Alemania y por lo mismo dió mas apariencia honesta á la venta, firmando á manera de gran potencia un tratado de alianza ofensiva y defensiva con la Inglaterra con garantia mutua de sus territorios respectivos, para toda la duracion de la guerra, sin parar mientes en la monstruosa desproporcion y ridiculez de semejante tratado, que la Inglaterra firmó, porque necesitaba tropa y creia que la guerra no duraria mas allá de dos años.



Beaumarchais (copia de un dibujo en litografia de Delepech)

La prevision del ministro Schliessen valió al landgrave de Hesse-Cassel la fortuna de cobrar durante 10 años subsidios mas generosos que los que se habian dado á Brunswick; á saber, 2.847,250 pesetas anuales por 12,000 hombres: es decir, 15 millones de pesetas mas de lo que habria cobrado en los 10 años, si hubiese tratado con las mismas condiciones que el duque de Brunswick. Habia además la diferencia de que los soldados hesseses recibieron su paga durante toda la guerra directamente de su soberano ó de sus encargados y no de la administracion militar inglesa, lo cual permitia al landgrave hacer figurar en las cuentas mas soldados de los que servian, ventaja que fué aprovechada sin consideracion á moralidad ni honradez. Por esta razon no tuvo empeño el landgrave en estipular indemnizaciones por muertos y heridos; porque un soldado hessés, despues de figurar de mas en la lista, producía á su dueño en tres meses mas que al duque de Brunswick la indemnizacion por un herido. Este tratado fué firmado en 31 de enero de 1776.

Desde Cassel marchó el agente inglés en 2 de febrero á Hanau, donde el príncipe heredero de Cassel, y el conde de Hanau, conocido posteriormente por Guillermo I, príncipe elector de Hesse en lugar de landgrave, le recibieron con aquel afecto entusiasta que dejaba presumir su carta del 19 de agosto del año anterior. En 5 de febrero estaba ya preparado el convenio, en virtud del cual debia recibir el príncipe por sus 668 infantes el subsidio anual de 4.744,000 pesetas y 1.604,400 pesetas anuales por 120 artilleros que

añadió despues. Desde Hanau pasó Fancitt á Arolsen, capital diminuta del príncipe Federico de Waldeck, cuya carta-solicitud hemos citado tambien y con el cual ajustó el inglés un convenio bajo las mismas condiciones que el anterior.

A fines de enero del año siguiente de 1777, alquiló el mismo Fancitt para la guerra de América 1,285 hombres al margrave Carlos Alejandro de Ansbach-Baireuth (1) y en noviembre del mismo año un regimiento de infantería al príncipe de Anhalt-Zerbst, con lo cual quedó concluida la mision del agente inglés que en todas partes habia sido bien recibido y habia conseguido su objeto menos en Wurtemberg cuyo duque Carlos no obstante las ganas que tenia de vender súbditos suyos, no encontró medio de hacerlos entrar en caja.

En total fueron enviados á América por los ingleses 29,875 soldados alemanes, de los cuales eran 16,992 hessenses, y de estos últimos volvieron á su país en otoño de 1773 y la primavera de 1784 solo 10,492 individuos.

Los soldados hessenses habian adquirido fama general en Europa de soldados que se dejaban matar por orden de su soberano al servicio de cualquiera, sin preguntar la causa por que combatian, y á estos soldados, *A los hessenses*, dirigió Mirabeau una ardiente excitacion para que abandonaran la causa de los tiranos, y abrazasen el estandarte de la libertad. —La derrota que sufrió el cuerpo hessés en América cerca de Trenton en 26 de diciembre de 1776 dió lugar á una sátira sangrienta en forma de carta publicada en los periódicos franceses en la primavera de 1777 y que ha pasado singularmente hasta hoy por auténtica. Esta carta, fechada en Roma en 18 de febrero de 1777, fué atribuida al conde de Schaumburg príncipe de Hesse; iba dirigida á un baron de Hohendorff, jefe del contingente hessés en América, y decia entre otras cosas: «Con indecible alegría leo que nuestras tropas han peleado cerca de Trenton como valientes, y no puede V. figurarse mi satisfaccion al saber que de los 1,950 hessenses que tomaron parte en la accion, solo se salvaron 300. Contados exactamente, han sido los muertos 1,650, y recomiendo eficazmente á la prudencia de V. la urgencia de enviar una lista exacta de ellos al ministro en Londres, cosa tanto mas necesaria cuanto que la lista inglesa solo trae 1,455 muertos, que harian solamente 483,450 florines en lugar de 643,500 que me corresponden segun el convenio. Me ocupo en este momento en el cuidado de remitirle nuevos reclutas. No los economice V.: tenga presente que la gloria vale mas que nada, y acuérdesese tambien de los 300 lacedemonios que defendieron el paso de las Termópilas y de los cuales no volvió ni uno solo. ¡Qué feliz seria yo si pudiese decir lo mismo de mis valientes hessenses! Diga V. al comandante Mindorf que estoy muy disgustado por haberse salvado los 300 individuos de la matanza de Trenton. Este hombre en toda la campaña no ha tenido sino 10 muertos.»

La falsedad grosera de esta carta salta á la vista de todos los que saben que en el tratado de alianza de Cassel firmado en 31 de enero de 1776 no se habia estipulado ninguna indemnizacion para los hessenses muertos, porque tenia mucha mas cuenta al landgrave hacer figurar en las listas de los vivos mas individuos de los que realmente servian. Por lo demás, no existian tal conde de Schaumburg, príncipe de Hesse, ni tal jefe ni baron de Hohendorff, ni tal comandante Mindorf. La carta citada se encuentra por via de chiste en la correspondencia del doctor Franklin que la envió á su país en una de las suyas el 1.º de junio de 1777, en la cual la llama sátira contra el tráfico de soldados ejercido por los soberanos alemanes.

(1) Cuñado de Federico el Grande.

Esta sátira era todavia menos chistosa, pero no mas auténtica que el decreto de 5 de setiembre de 1773 atribuido á Federico II, en el cual proclamaba su derecho de imponer contribuciones á la Inglaterra.

## II.— FRANCIA Y LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Lord Stormont, enviado por el gobierno inglés á la corte de Versalles para indagar sus disposiciones y actitud, escribió desde Fontainebleau en 31 de octubre de 1775 que habia tenido entrevistas con los condes de Vergennes y de Maurepas, y que ambos le habian dado seguridades de las intenciones pacíficas de su gobierno, citando como motivo el primero la completa comunidad de intereses de ambas potencias respecto de sus colonias americanas. Segun Stormont, Vergennes habia dicho literalmente: «Muy distantes de querer que se aumenten los compromisos de Inglaterra nos causan pena. Lo que pasa á Vds. en América no puede ser grato á nadie.» Stormont contestó muy satisfecho que las consecuencias de semejantes sucesos no podian tampoco ocultarse á un hombre tan inteligente y sagaz como el conde de Vergennes. «Verdad es, replicó este, son muy evidentes tanto como las consecuencias que tuvo para Vds. la cesion completa del Canadá. Cuando se hizo esta paz estaba yo en Constantinopla, y cuando supe las condiciones, dije á varios amigos míos que la Inglaterra tendria muy pronto motivo de arrepentirse de haber quitado la última valla que mantenía á sus colonias en la obediencia. Demasiado se ha cumplido mi profecía; y de la misma manera preveo ahora las consecuencias que tendria la independencia de la América del Norte, si vuestras colonias alcanzasen el objeto al cual tan visiblemente se dirigen. En este caso seria su primer afán construir una gran marina; y como poseen todas las ventajas imaginables para construir buques, no pasaria mucho tiempo sin que tuvieran escuadras bastantes para medirse con las europeas, aunque todas las potencias se uniesen contra ellos. Con esta superioridad y las ventajas de su posicion podrian apoderarse siempre que quisieran de vuestras Antillas y de las nuestras. Estoy convencido de que ni esto les bastaria y de que con el tiempo largarian la mano á la América del Sur á cuyos habitantes someterian ó se llevarian, por manera que al fin no quedaria un palmo de terreno de aquel hemisferio en manos europeas. Es natural que estas consecuencias no lleguen todas de una vez; y que ni V. ni yo las veamos, pero no por eso serian menos ciertas. Una política mezquina y miope se alegraria de las tribulaciones de un rival sin ver mas allá; pero los que miran mas léjos y pesan las consecuencias, deben considerar lo que ahora pasa á Vds. como un mal general, del cual tocará su parte á todas las naciones que tienen colonias en América. Bajo este punto de vista he mirado siempre esta cuestion» (2).

Este lenguaje era digno de un hombre de Estado, de vista penetrante; pero admitiendo la certeza de su opinion que supo explicar tan claramente, resultaba tambien evidente que para Francia no habia mas política sana que la neutralidad mas rigurosa y no dar el mas pequeño auxilio, siquiera fuese indirecto, á las colonias norte-americanas, cuanto menos darles un auxilio directo y hacer con ellas alianza ofensiva y defensiva. Pues bien, este mismo conde de Vergennes, que tan claro vió, no tuvo la fuerza necesaria para seguir la única senda indicada por la prudencia. Apartóse ya de ella secretamente cuando pudo contar todavia con el

(2) Véase BANCROFT, *Histoire de l'action commune de la France et de l'Amérique*. Traduit par A. de Circourt. Paris, 1876.

apoyo de Turgot; pero desde la caida de este se separó mas y mas, dejándose llevar con resistencia cada vez mas débil, por una corriente cuyos peligros sin embargo no se disimulaba; porque todavia en 13 de agosto de 1777 dijo á lord Stormont: «Las simpatías que los franceses tienen por los americanos son un mal muy grande y muy grave. No crea usted que nacen de un afecto preferente por la América ni de un odio contra Inglaterra; no; la raíz está mas honda; podrá ocultarse á la vista del observador superficial, pero de nosotros exige la atencion mas concentrada.»

Medio año despues celebró este mismo diplomático una alianza ofensiva y defensiva con los Estados Unidos, que dió vuelo en la antigua nobleza francesa á las ilusiones revolucionarias.

Lord Stormont observó ya en Versalles y en París un espíritu discolo, para él probablemente tan inexplicable é inconveniente como los escándalos á que habian dado lugar las elecciones de Middlesex á favor de Juan Wilkes. Este cabalmente tuvo algo que ver tambien con esta cuestion americana, porque siendo alcalde de Londres se reunieron en su casa los agentes de las colonias con sus amigos ingleses, y en estas reuniones se convirtió á la causa de los americanos, en el verano de 1775, el baron de Beaumarchais, el autor del *Barbero de Sevilla*. Este fué el primer francés que pidió con entusiasmo ardiente el auxilio de su nacion para los americanos; él fué el incansable instigador que no paró hasta tener enredada á la Francia misma en la guerra (1).

Beaumarchais, entusiasmado con todo cuanto habia visto y oido en Londres, regresó en 19 de setiembre ocultamente á París, y al dia siguiente hizo al ministro Vergennes una relacion calurosa de los hombres y cosas de Inglaterra; de los poderosos preparativos de resistencia de los americanos; de 80,000 hombres que ponian sobre las armas para lanzarse á la guerra por la libertad, guerra de la cual saldrian indudablemente victoriosos. Luego le habló tambien de una espantosa revolucion que debia estallar en Inglaterra al primer descalabro, por insignificante que fuese, que tuvieran las tropas reales. Despues escribió esta relacion en forma de Memoria para el rey, al cual la dió al ministro de marina Sartines el dia 21, é inmediatamente fué objeto de deliberaciones del consejo de ministros. El consejo resolvió enviar á Beaumarchais otra vez á Londres; y en efecto, salió para la capital de Inglaterra el 23 del mismo mes, despidiéndose de Vergennes en una carta en la cual le decia: «Voy perfectamente instruido de las intenciones del rey y de las de V. E.; puede V. E. estar tranquilo; seria una necedad imperdonable comprometer en semejante asunto ni directa ni indirectamente ni de ningun modo la dignidad del soberano y de su ministro. En política el hacer lo mejor que se pueda no significa nada; esto puede prometerlo cualquier imbécil; el sacar el mejor partido de una cosa, es lo que distingue del enjambre de servidores comunes á aquel á quien S. M. y V. E., señor conde, honran con su confianza en un asunto tan delicado.»

Desde entonces se cartearon secretamente Vergennes y Beaumarchais, girando todas sus cartas sobre la necesidad de conceder un auxilio secreto á los americanos. Por lo pronto estos no solicitaban mas; pero habia de ser muy miope el que no previese que semejante auxilio conduciria forzosamente en un plazo mas ó menos corto á un conflicto con Inglaterra, y que en este caso la Francia no tendria mas alternativa que declararse abiertamente por América haciendo con las colonias una alianza pública ofensiva y defensiva, ó retirarse de la escena vergonzosamente.

(1) Véase LOMÉNIE, *Beaumarchais et son temps*. Paris, 1858.

Eran muy singulares los motivos en que Beaumarchais apoyaba su proposicion. Algunos de ellos eran insignificantes, mientras otros probaban exactamente lo contrario de lo que estaban destinados á probar. Tan pronto hablaba de la actitud marcial de los rebeldes, de su victoria segurísima y de su inevitable separacion de la madre patria, y todo esto con tanta seguridad, que no se comprendia para qué podian querer ajeno auxilio, como hacia resaltar en los términos mas amenazadores la probabilidad de la súbita reconciliacion de los dos contrarios, para caer juntos sobre las Antillas francesas; de suerte que, si este peligro era tan inminente y cierto, no se comprendia cómo podria evitarse auxiliando la Francia á una de las dos partes beligerantes, en lugar de proteger sus Antillas directamente enviando toda su escuadra de guerra á Santo Domingo, é imponiendo respeto á todos. No fué menos baladí la proposicion de un petulante jóven americano, Arturo Lee, el cual para darse aires de importancia, indujo á Beaumarchais, sin ser autorizado para ello por nadie, á escribir á su gobierno la siguiente proposicion: «Ofrecemos á la Francia en premio de sus auxilios ocultos un tratado de comercio secreto que le dé durante un tiempo determinado, despues de restablecida la paz, todas las ventajas que desde hace un siglo ha disfrutado la Inglaterra y que la han enriquecido; y además una garantia hasta donde lleguen nuestras fuerzas de las posesiones francesas en América.» Todo esto lo creyó Beaumarchais como si los americanos pudiesen ceder á otra nacion por medio de un tratado secreto la venta y consumo que los productos de las fábricas inglesas habian conservado en todos los puertos de América, á pesar del inmenso contrabando.

Ilusiones tan fútiles no deberian haber sido, por cierto, motivo para apartarse de la neutralidad cuya necesidad habia sabido pintar tan elocuentemente Turgot fundándose en el estado interior de la Francia; ni tampoco eran razones bastantes algunas reclamaciones de la Inglaterra que hirieron la dignidad de la Francia para que esta abandonara la línea de conducta neutral. La Inglaterra en efecto pedia: el aislamiento mercantil de las colonias americanas, es decir, que la Francia suspendiera sus relaciones mercantiles con los rebeldes; que permitiese además á los ingleses el derecho de visita en los buques franceses para ver si conducian contrabando de guerra; que les diese la facultad de perseguir á los buques norte-americanos hasta bajo los cañones franceses, y finalmente que el gobierno francés castigara á todos sus súbditos que traficasen con los rebeldes. Beaumarchais, que desde la destitucion del conde de Guines, era de hecho el representante autorizado de su país en Londres, rechazó indignado semejantes pretensiones, y habiendo comunicado á su gobierno la entrevista que con este motivo habia tenido con lord Rochford, le contestó Vergennes en 26 de abril de 1776 que el rey le agradecia su comportamiento digno y decidido, añadiendo: «A juzgar por el tono de lord Rochford debe de suponer que existe un pacto que nos obliga á mirar como interés nuestro el interés de Inglaterra. Yo no conozco semejante pacto, que no se encuentra por cierto en el ejemplo que nos ha dado la Inglaterra cuando creia podernos mortificar. Basta recordar su conducta respecto de Córcega cuando estuvimos en lucha, proveyendo á aquella isla de provisiones de guerra de toda clase sin consideracion ninguna. Yo no cito este ejemplo para que lo imitemos; porque el rey, fiel á sus principios de justicia, no quiere abusar de la situacion de Inglaterra para aumentar sus dificultades; pero S. M. no puede escatimar la proteccion que debe al comercio de sus súbditos. Seria faltar á toda razon y á toda conveniencia pedimos que no vendiésemos á nadie géneros, por el temor de que pudiesen ser vendidos por segunda mano á los norte-americanos.»